

darán toda clase de consideraciones, y que procurarán que nada os falte. »

« Ved aquí, continua san Juan Crisóstomo, una opulencia mucho más grande que la vuestra, y un crédito superior al vuestro. Os he referido este ejemplo, por que sois hombre de mundo, y seguís sus máximas. Si yo quisiera exponeros todas las riquezas que posee vuestro hijo en su pobreza voluntaria, es indudable que no me comprenderiais. Son de tal naturaleza, que su valor sólo puede apreciarse por la experiencia : si fuera posible que hiciéseis otro tanto, comprenderiais que no es una vana locura lo que yo glorifico. Pero reconoced otra gran diferencia que hay entre vos y los solitarios : si alguno, sin quitaros los bienes que poseéis, os ofreciese los que dan las virtudes, no los rehusaríais, por que, aunque pagano, estimáis el tesoro de las virtudes. Pues bien, los solitarios que poseen estos bienes, conociendo por la experiencia todo su valor, no hacen caso alguno de las riquezas temporales. Para haceros más sensible esta verdad, me valdré del ejemplo de un filósofo pagano. ¿ Cuanto dinero no hubiese dado Alejandro á Diógenes, si éste hubiera querido aceptarlo ? Contento con sus virtudes filosóficas, lo rehusó generosamente. »

« Amplifiquemos aún más este razonamiento. ¿ Quereis conocer cuanta es vuestra pobreza en medio de vuestra opulencia, y cuales son las riquezas de vuestro hijo en la aparente pobreza que tanto os espanta ? Id al desierto : quitadle el tosco zayal que lo cubre, y que es todo lo que tiene : hacedle salir de su pequeña celda y demolédsela. ¿ Qué os dirá ? ¿ qué hará ? Léjos de indignarse con vos, lo sufrirá con dulzura, y hasta os dará las gracias por haberle proporcionado ocasión de adelantar con su paciencia en la santa filosofía de que hace profesión. Aún cuando le obligaseis á variar de lugar y á retirarse á otro paraje, no por

eso perderá su tranquilidad : por que en cualquier rincón de la tierra encuentra á Dios, y su patria es el cielo, en el cual cifra sus esperanzas y sus deseos. Así es que nada de este mundo apetece : de nada necesita : posee todo lo que anhela poseer. Toda la tierra es suya, porque es de todos los países, y á ninguno pertenece. En todas partes encuentra su alimento, porque se contenta con yerbas y raíces, que en todas partes produce la tierra. Nada le pueden quitar, por que no posee ni campos, ni casas, ni tesoros. Por esta razón se siente más tranquilo, más feliz, más poderoso y más rico que todos los emperadores y potentados del mundo. El estado de estos sobre su trono y en el esplendor de toda su gloria no es comparable con la felicidad de que disfruta. Por el contrario, si á vos os quitan alguna cosa, si teneis alguna pérdida en vuestros campos, si se os obliga á dejar vuestra patria, si se os despoja de vuestros bienes, ¡ cuanto dolor ! ¡ cuantas lamentaciones ! ¡ cuanta amargura ! ¡ cuanta miseria, ! ¡ cuanta desesperación !

« Ocupémonos ahora en lo que á la salud corporal se refiere. Pensais que vuestro hijo vá á perder la suya con la aspereza de vida que ha abrazado, y que la que lleváis vos en medio de la abundancia y de las delicias es más propia para conservarla. Veámoslo, y respondedme con sinceridad ¿ Creeis que el que se aplica á la práctica de la virtud, y gusta sus delicias en el desierto tiene ménos vigor que los que viven en la molicie ? Sucédele como á las bestias salvajes, que son tanto más sanas y robustas, cuanto más viven en la tierra, en medio de los prados ó á las orillas de un arroyuelo de agua cristalina y clara, respirando siempre un aire puro y vivificador ; miéntras que los que viven en medio de las delicias se cargan de malos humores y contraen con frecuencia dolorosas enfermedades : pues encerrados en sus casas, por más que éstas sean de mármol

y adornadas con muebles de esquisito gusto, no respiran el aire puro y saludable que es propio de los solitarios en el desierto. Y lo que prueba hasta la evidencia la verdad que sostengo, es que vos mismo procurais formar en vuestros soberbios palacios una especie de desierto en que plantais árboles y jardines, que os sirvan de distracción en los cuidados que os proporcionan vuestras riquezas. Por último, jamás podreis encontrar en vuestras casas, por acomodadas que sean, el gratísimo placer que proporcionan los árboles, los pajarillos, los vallados, las praderas y las flores de que goza el solitario en su apacible retiro. »

« Me resta aún demostrar que el estado de este solitario es mucho más honroso que el vuestro, y para ello no quiero emplear otras pruebas, que las que sean conformes con vuestro estado de pagano. Decidme : ¿ quién ha alcanzado más honor en el mundo, Platón ó Dionisio el Tirano ? ¿ Sócrates ó Arquelao ? Estos filósofos llevaban una vida sencilla, tenían unos vestidos groseros y una mesa en extremo frugal, Platón cultivaba un jardín : Sócrates iba descalzo, y sólomente comia pan, y Diógenes iba cubierto de andrajos. Los otros, por el contrario, poseían grandes riquezas, imponían su voluntad á muchas provincias, iban siempre acompañados de numeroso cortejo ; vestían con lujo deslumbrador, y nadaban en los placeres y en la abundancia. Sin embargo, ¿ cuanto mayor no es la reputación y la gloria de aquellos filósofos ? Tan cierto es que ni las diademas, ni los tesoros, ni la autoridad sobre los demás constituyen la verdadera gloria de los hombres, sino sólo y exclusivamente la virtud, que elevó á estos filósofos sobre los reyes y potentados del mundo. »

« Toda esta gloria, me direis, me importa muy poco : yo no ambiciono para mi hijo más que los honores y el poder. ¿ Es esto lo que exigís ? Pues precisamente los que han alabado á estos filósofos no han hecho otra cosa que

tributarles grandes honores. Pero puesto que aspirais al mismo tiempo al poder, voy á demostraros que vuestro hijo posee uno que es superior á todos cuantos pudiérais desear. Ya midais la grandeza del poder por los medios de vengarse de los enemigos, por los de hacer algún bien á los demás, ó por los de hacerse invulnerables en los combates, poder que no tienen ni aún los mismos reyes, el de vuestro hijo es mucho más grande. No desconocereis, efectivamente, que colocarse en una situación en que nadie, por grande que sea su poder, pueda dañarnos, es el más grande poder á que puede llegar el hombre. Pues éste es precisamente el poder del solitario. ¿ Como podrá dañarse al que, hallándose separado de los demás hombres, nada tiene que ver con ellos ? No tiene dineros, ni casa, ni campo, ni posesiones, que son el manantial ordinario de los pleitos, de las disputas y de las envidias entre los hombres. Pero suponamos que alguno conciba la mala voluntad de dañarle : ¿ como podrá ejecutarlo ? ¿ Le quitará el dinero ? Carece de él. ¿ Le desterrará ? No tiene patria. ¿ Le deshonrará ? Ha renunciado al honor y á la gloria del mundo. No le queda, pues, otro medio que quitarle la vida. Pero la muerte es para él un beneficio y una ganancia, pues que pone fin á sus trabajos, y corona sus esperanzas haciéndole entrar en la vida de la bienaventuranza.

Os manifestaré, por último, en él algo más admirable y digno de la sublime filosofía. Ya se le cargue de injurias, ya se le maltrate, ya se le encierre en una prisión, podrá con todo esto hacérsele sufrir en su cuerpo ; pero su alma permanece tranquila. Y lo que es aún más grande y heroico, no sólomente no concibe ningún sentimiento de odio contra los que así le tratan, sino que los ama y considera como bienhechores, que le proporcionan un medio de merecer la corona inmortal de la gloria. ¿ Padriais procurarle un beneficio igual, aún cuando le dieseis el imperio sobre

todo el mundo y una vida de millares de años? ¿qué rango, qué dignidad, que proeminencia puede compararse á la grandeza y generosidad de este solitario? ¡ Cuantos de los que buscan los placeres del mundo, desearian tener la tranquilidad de su alma !

Pero hé aquí otro poder que tiene vuestro hijo, y que vos nunca poseereis. No hablo del ascendiente que pueda tener sobre otros, moviéndoles á renunciar al mundo y á abrazar su estado, lo cual supone un gran poder sobre los espíritus. Se trata de hablar al rey y de hacerle algunas advertencias ¿ Sereis vos quién á ello se atreva? Vos pertenecéis al número de sus cortesanos y servidores, y nunca podreis pasar de este rango; pero este mismo rey mirará al solitario como á un padre digno de veneración y respeto por sus virtudes. Que se halle álguien en una gran aflixión; por ejemplo, que un padre se halle angustiado por la pérdida de su hijo, ¿ acudirá á vos ni aún al rey para encontrar consuelo? No, vendrá al desierto en busca de vuestro hijo, que ha renunciado á las riquezas y á los placeres para abrazar la pobreza y la penitencia, escuchará con atención piadosa sus palabras, y volverá á su casa mucho más consolado, que si vos, que nada teneis que sufrir y que gozais de la prosperidad del mundo, hubieseis intentado mitigar su dolor. »

Después de este largo razonamiento, pasa san Juan Crisóstomo al tercer punto, y para persuadir á este padre afligido que está en su interés personal el consolarse por la resolución de su hijo, le dice: « Fijémonos en vuestro propio interés personal. Jamás un hijo guardará tanto respeto, tanta consideración y tanto amor á su padre, como os profesa el vuestro en el estado que ha abrazado. Porque si tiene obligación de ser dulce, afable y bueno para con todo el mundo, ¿ cuanto más no la tendrá de serlo para con su padre? Si, según vuestros deseos, hubiese permanecido

en el mundo y hubiese sido elevado á los cargos públicos y á las dignidades, tal vez hubiera olvidado muy pronto vuestros sacrificios, y quizás os despreciaría y desearía vuestra muerte para entrar más pronto en posesión de vuestros bienes. Pero en su estado de monje piensa de muy distinta manera, y no tengais duda de que se halla dispuesto á sacrificarlo todo por vos, salva la ley de Dios, y hasta á dar su propia vida por conservar la vuestra. »

Concluyamos de todo lo dicho: habiendo abrazado vuestro hijo la vida monástica, se ha hecho más célebre, más rico, más generoso y más poderoso que en cualquier otro estado, y podemos añadir que, en este estado feliz y dichoso, es mucho más respetuoso y amoroso para con vos, que lo hubiera sido en el siglo. Yo os ruego, que después de lo manifestado, me digais ¿ porqué os quejais? ¿ qué razón teneis para lamentaros? ¿ es porque temeis que muera en la guerra, ó que incurra en la desgracia del emperador, ó que sea víctima de la envidia de los cortesanos? ¿ No hay padres que continuamente sienten que sobrevengan estas desgracias á sus hijos? Es verdad que los honores del mundo tienen alguna cosa lisonjera; pero ¡ cuán poco duran, y cuán amargos son estos honores! Pasan veinte, treinta... sesenta años ¿ qué queda de todos ellos? todos se han desvanecido cual el humo, cual una sombra. Pero la gloria del solitario es muy diferente: no concluye con esta vida: sigue esplendorosa después de la muerte, y nadie puede arrebatársela, porque no la ha recibido de los hombres, sino de la virtud que practica. Como vos no aspirais más que á esta grandeza pasejera, deseariais ver á vuestro hijo ricamente vestido, recostado en vistoso carruaje arrastrado por briosos caballos, y seguido de una escolta de criados, de parásitos y de aduladores. ¿ Porque deseais verle así? ¿ Creéis que estaria más contento? Pero no quiero que me creais á mí: preguntad á

vuestro hijo, y vereis cuán poco caso hace de todas estas cosas y de todas estas veleidades del mundo, hasta el punto que preferiría la muerte ántes que entregarse á estos necios placeres y á estos goces funestos. Pero lo que debe haceros conocer que pienso en esto muy sabiamente, es que estas frívolas satisfacciones de que deseais que gozase, no satisfacen más que en cierta edad, despues de la cual ya no se sabe á que entregarse, ya por que la vejez hace conocer su vanidad, ó ya porque las enfermedades propias de la edad avanzada impiden sacar placer de ellas; miéntras que las delicias que la virtud hace gustar á los solitarios no cesan en todo el tiempo de la vida, ántes bién son cada vez más vivas, más dulces y más tranquilizadoras.

Sé muy bién que no faltarán algunos padres, cuyos hijos viven con el mayor fasto y esplendor, y que os echarán en cara el partido tomado por el vuestro. Pero de estas mofas no debeis hacer caso sino despreciarlas: pues no debemos considerar si se mofan de nosotros, sino si lo merecemos, y en este caso debemos condenarnos á nosotros mismos. Pero si no lo hemos merecido, lejos de sentirnos molestados, debemos considerarnos felices y mirar á los que nos motejan como dignos de lástima por la sinrazón con que se mofan de los que son dignos de alabanza. En efecto, si en vez de escuchar los juicios de la ignorancia y de la preocupación, consultais la razón, vereis que comparando la conducta de vuestro hijo con la de los suyos, resulta que ellos son unos viles esclavos. Vos no lo veis así á causa de los errores que os fascinan, pero si quisieseis entrar en un serio exámen de estas cosas, ó escuchar lo que os dijese vuestro hijo, pensariais de un modo muy distinto. Os hablo por experiencia.»

« Yo tuve un amigo y compañero, cuyo padre era muy rico y tenido en gran consideración, pero, como vos, era

pagano. Este hijo se hizo cristiano, y abrazó la vida monástica. Su padre, en extremo irritado, se valió de la autoridad de los gobernadores, le amenazó con la cárcel, preparó cadenas, le desheredó y no quiso que permaneciese en el país, esperando que la miseria le obligaría á dejar el estado religioso, y á volver al mundo. Pero viéndole inflexible en su resolución, le dejó tranquilo.

En el dia todo su malestar se ha convertido en ventura: se siente tan honrado con la virtud de su hijo, que le respeta y estima cual si fuese su padre, y aún cuando tiene muchos hijos que se distinguen en el mundo por su posición social, dice que no son dignos de ser esclavos de éste, á quién considera como el ornato de su familia. Si pues dejais en libertad á vuestro hijo, para que, siguiendo su vocación, profese la vida monástica, no pasará un año sin que experimenteis la verdad de lo que digo: pues en este estado se adelanta con tanto ardor en la práctica de la virtud, que en poco tiempo se llega á la santidad, y entónces aplaudireis la elección de vuestro hijo, y tal vez concibais deseos de imitarle.»

En el tercer libro se dirige el Santo á un padre cristiano, á quién supone no ménos afligido de que su hijo haya abandonado el mundo para hacerse monje, y que hace todos los esfuerzos que están á su alcance para impedirlo. Reduce esta materia á tres puntos. En el primero demuestra con muchos parajes sacados de la sagrada Escritura la injusticia con que procede este padre. En el segundo justifica la resolución de este hijo por los crímenes que se cometen en Antioquía, á los cuales se opone el estado santo y bienaventurado de los solitarios. En el tercero refuta los pretextos con que los padres pretenden justificar la oposición que hacen á la vocación de sus hijos.

San Crisóstomo procede, según su costumbre, por grados, tomando siempre sus argumentos de principios